

# STARCRRAFT®

LEGACY OF THE VOID™



**BILZARD**  
ENTERTAINMENT

# ASCENSIÓN

Por Robert Brooks

## Primera parte

Alarak se detuvo en el camino sombreado que serpenteaba entre los acantilados negros. La piel le escocía. «Imposible». Solo era el mediodía, pero aun así había terrazine en el aire.

Allí. En el acantilado del oeste. Volutas de neblina violeta —gas terrazine— emanaban de una reciente grieta irregular que descendía por la cara del acantilado. Un temblor debía de haber roto una bolsa de gas subterránea. Una pequeña. Este regalo no duraría mucho. Alarak se adentró en la niebla de terrazine y levantó los brazos, las palmas hacia arriba, dejando que el aliento de la creación lo envolviera.

Penetró en su piel.

Fluyó por sus venas.

Expandió su mente.

Lo acercó más a Amon. Al Dios Oscuro.

Alarak podía sentir la voluntad de Amon, su gélido propósito, el oscuro latido de su corazón justo debajo de la quebradiza piel de este universo, una telaraña de venas en expansión dentro del vacío que palpitaba con expectación. El golpe maestro definitivo contra el corrupto ciclo estaba próximo. Alarak y el resto de los protoss elegidos, los forjados —los tal'darim—, solo tenían que esperar un poco más.

«La ascensión está próxima», había prometido Amon.

Pero la brisa no tardó en disipar la niebla arremolinada. Las oleadas de placer solo duraron unos instantes más.

No emanaría más terrazine hasta la puesta de sol. En ese momento, inundaría toda la atmósfera, como hacía cada noche. ¿Por qué? Esa era la voluntad de Amon. Todos los tal'darim de Slayn, ya fueran de clase alta o baja, quedaban sumergidos en su gloria hasta que el sol se elevaba y su regalo se desvanecía. Cada noche, todos los tal'darim eran iguales ante su oscura mirada.

Pero no durante el día. Bajo la luz del sol, cada uno tenía que ganarse su lugar. Tal era también la voluntad de Amon.

Detrás de él, se oyó el crujir de fragmentos de roca bajo unas pesadas botas.

—Maestro Alarak. —Era su subordinada Ji'nara, que se acercaba a él con cautela—. Se requiere tu presencia.

Ella era la quinta ascendiente. Él era el cuarto, un eslabón por encima en la cadena de ascensión. Un día, ella intentaría asesinarlo.

«Pero probablemente hoy no», pensó Alarak. No se molestó en darse la vuelta.

—Puede esperar —respondió. Quería inspeccionar el lugar en busca de más bolsas de terrazine. «Si emanara más gas aquí durante el día...».

—No, no puede —dijo ella—. Me envía el maestro Nuroka. Desea hablar contigo.

—De acuerdo. —Como cuarto ascendiente, Alarak no podía desobedecer al primer ascendiente Nuroka más de lo que podía desobedecer a Amon—. ¿Dijo por qué?

—Ha desafiado al gran señor Ma'lash a un *Rak'Shir* —respondió Ji'nara—. Uno de los dos morirá mañana.

El silencio llenó el desfiladero. Alarak no reaccionó ni hizo movimiento alguno. No podía. Era como si todos sus pensamientos se hubieran congelado al instante.

«Imposible».

¿Estaba mintiendo? No. De ninguna manera. Ji'nara era astuta, pero no irresponsable. Si estuviera mintiendo, Alarak la destriparía y arrojaría su cadáver a los hambrientos zoanthisk. Ella ya le había visto hacerlo con otros subordinados. Tenía que ser verdad.

—Interesante —respondió. Decidió guardarse el resto de sus pensamientos. Al igual que ella se guardaba los suyos—. ¿Lo sabías?

Alarak se dio por fin la vuelta para escrutar su expresión.

—Sí —dijo ella. Era mentira, por supuesto.

*Rak'Shir*. Hacía meses que no se celebraba ninguno entre los tal'darim de alto rango. Los planes de Amon estaban a punto de fructificar. Cuando lo hicieran, todo tal'darim viviente alcanzaría la gloria bajo el nuevo orden de Amon. ¿Desafiar al Gran Señor a un combate a muerte? ¿Ahora? Era una locura. «¿Por qué querría Nuroka...?».

Ji'nara lo observaba con atención. Las siguientes palabras de Alarak determinarían si ella participaría en el ritual.

Sus miradas se encontraron.

—¿Lucharás mañana? —inquirió Alarak.

—Quizás —respondió ella.

—Será muy interesante. El gran señor Ma'lash no permite que sus contendientes mueran rápidamente —dijo Alarak. «Hay que poner fin a esto», se dijo. Si demasiados ascendientes se unieran al combate... si demasiados líderes tal'darim murieran, el caos podría retrasar los planes de Amon durante meses. O décadas. Alarak no ganaría nada con eso. «Si Ji'nara se queda fuera, nadie que esté por debajo de su rango osará participar. No en un Rak'Shir tan inesperado». Su tono de voz se tornó amenazante—. Disfruta como espectadora. Detestaría tener que asesinar a alguien con tus capacidades.

Ella no pareció reaccionar. Solo el ligero temblor de sus hombros bajo la negra y picuda armadura delataba sus emociones.

—Lo entiendo —dijo con tono inexpresivo. Y era evidente que así era. Ji'nara no pelearía mañana—. El maestro Nuroka ordena que vayas a sus aposentos.

—Muy bien —repuso Alarak mientras la despedía con un gesto brusco.

Ji'nara se fue sin decir más mientras le lanzaba una mirada por encima del hombro. Ella hablaría. Eso era bueno. Alarak quería que los demás creyeran que se uniría al combate. Pero no quería que nadie supiese a favor de quién. Cuanto más confusos estuvieran, mejor.

Eso ocultaría la confusión que él mismo sentía.

Alarak salió del desfiladero por el mismo camino angosto que lo había llevado hasta allí. No estaba lejos del puesto de avanzada tal'darim, pero tendría suficiente tiempo para pensar.

Las preguntas se agolpaban en su cabeza. ¿Quién participaría en el combate? ¿Por quién lucharían?

¿Y a cuántos sería capaz de matar Alarak?

## Segunda parte

La voluntad de Amon era simple.

«Alzaos. Más alto. Siempre más alto.

»O caed para siempre».

Alarak siempre había apreciado la claridad. La sagrada cadena de ascensión partía de Amon y cada tal'darim constituía un eslabón de la misma. Uno obedecía a los eslabones que estaban por encima de él, y mandaba sobre los que estaban por debajo.

Sencillo.

¿Y si deseabas llegar más alto? ¿Siempre más alto? Pues desafiabas al eslabón por encima de ti. *Rak'Shir*. El más fuerte perduraría, mientras que el eslabón más débil desaparecería y el conjunto de los tal'darim se volvería más poderoso. Sencillo.

Por supuesto, no siempre era así de simple. En las cuestiones de vida o muerte, nada lo era. Alarak también apreciaba eso.

En el *Rak'Shir*, otros podían luchar en tu lugar. Muchos otros. No había límites. Cualquier número de tal'darim, de cualquier rango, podía unirse a ti o luchar contra ti. Algunos rituales habían sido duelos individuales entre dos combatientes. Otros incluían a miles de aliados en cada bando. Tras el recuento de muertes en esos grandes combates, quedaban numerosas vacantes en la cadena sagrada. Era posible ascender cinco, diez o un centenar de eslabones. De hecho, este era el modo que Alarak había empleado para ascender rápido. Ni siquiera los elegidos de Amon eran inmunes a la vanidad y el orgullo. Con un pequeño empujón, Alarak había convencido a muchos ascendientes que ocupaban puestos elevados en la cadena para que participaran con confianza en el *Rak'Shir*. Todos se habían dado cuenta demasiado tarde de que lo había dispuesto todo para su muerte a manos de un enemigo que los superaba en número.

La mayoría de los desafíos se gestaban durante mucho tiempo. Uno tenía que asegurarse de que llevaba las de ganar. A menudo, los rituales venían precedidos por meses de tensiones e intrigas mientras ambos bandos reunían tantos aliados como podían.

Pero no hoy. No había tiempo.

Alarak sintió un escalofrío. ¿Era ese el plan de Nuroka? Tenía que serlo. Nuroka tenía una perspicaz mente de estratega. Solo un mes antes, había demolido el puesto de avanzada del Dominio terran en un sistema cercano. Aprovechó los huecos en sus defensas con tanta rapidez que los humanos jamás tuvieron tiempo de enviar una sola señal de socorro antes de que las cuchillas rojas de los tal'darim se hundieran en sus gargantas.

Esta era la misma táctica. Un ataque en el ángulo muerto del enemigo.

«Yo soy el blanco», comprendió Alarak. Su superior directo, el tercer ascendiente Zenish, era una bestia. Carecía del sentido de la estrategia. Por encima de él estaba la segunda ascendiente Guraj. Era

terriblemente astuta, pero no se le daba bien reunir aliados. Prefería intoxicar las mentes de las facciones rivales, haciendo que se pudrieran desde dentro y se enfrentarían entre ellas en vano. Pero aquí, cerca de la cúspide de la cadena, más que facciones que corromper, había ambiciones individuales.

Entre los ascendientes, solo Alarak era capaz de embaucar y manipular a los aliados. Todos los demás poseedores de esas habilidades habían muerto. Alarak se había encargado de ello.

El camino que recorría el angosto desfiladero llegó a su fin, y la blanquecina grava bajo las botas de Alarak dio paso a la roca sólida, ennegrecida por siglos de hollín e inmundicia. Había sido así al menos desde que las últimas selvas de Slayn se habían asfixiado bajo la niebla nocturna de terrazine —en opinión de Alarak, un pequeño precio a pagar a cambio de la bendición del aliento de la creación—. Ante él se alzaban los edificios de los tal'darim, insolentes y poderosos, un testimonio de su disposición para la guerra, no como los vanidosos monumentos de los templarios. «Necios, todos y cada uno de ellos», pensó. Los tal'darim conocían el valor del dolor. El conflicto era la esencia de la vida. Solo los ignorantes osarían suavizar esa verdad con resplandecientes ciudadelas y un falso sentido de la unidad.

En pocos minutos, Alarak había llegado al extremo del puesto de avanzada. Era primera hora de la tarde. Numerosos protoss de baja clase se escabullían entre los edificios mientras llenaban el aire con un rumor de excitación. Para ellos, este *Rak'Shir* no era más que puro entretenimiento. No hablarían de otra cosa hasta que hubiese terminado.

Alarak caminó entre ellos. Se apartaron a su paso.

Los aposentos del primer ascendiente Nuroka no estaban lejos. La entrada daba a una calle; no había posibilidad de entrar a hurtadillas. Los demás verían a Alarak, y hablarían. «La segunda y el tercer ascendiente se enterarían de la reunión». Alarak se preguntó si podría utilizar eso a su favor.

Una oleada de calor y humedad envolvió a Alarak al entrar. Imitaba el clima del mundo donde nació Nuroka. Al primer ascendiente nunca le había gustado el clima duro y seco de este lugar. La puerta se cerró detrás de Alarak. Se arrodilló. Nuroka no estaba en la habitación, pero sí cerca, y había que respetar ciertas formalidades, incluso en vísperas del *Rak'Shir*.

—Obedezco y sirvo —dijo Alarak de forma automática.

—Llegas tarde —dijo Nuroka. Aún no estaba en la sala, pero sus palabras sonaban con claridad.

—Mis disculpas, maestro.

—¿Has hablado con Guraj o con Zenish hoy?

Alarak contuvo un amago de irritación. «¿Y tú?» Eso es lo que Alarak querría saber. ¿Habían llegado ya a algún tipo de acuerdo? ¿Alguno de ellos había jurado lealtad a la causa de Nuroka? Sin la respuesta a esas preguntas, Alarak se uniría a ciegas al *Rak'Shir* de mañana. Pero no valía de nada preguntar porque no se podía confiar en las respuestas. —No —fue todo lo que dijo Alarak.

Nuroka entró por fin en la habitación. Debido a la escasa luz que penetraba a través de las pequeñas ventanas del edificio, Alarak tardó unos instantes en comprender lo que veían sus ojos. El primer

ascendiente no iba ataviado con la armadura tradicional de los ascendientes. Llevaba una simple túnica gris.

Una túnica manchada de sangre fresca.

Alarak se puso en pie de un salto y activó sus cuchillas. «¡Asesinos!». —¿Cuántos te han atacado? ¿Quiénes eran? «Eran los nerazim. Tenían que serlo. ¿O era el Gran Señor? Enviar a alguien para matar a su contendiente...».

—¿Acaso te he dado permiso para levantarte, cuarto ascendiente? —Nuroka parecía jovial en lugar de alarmado.

Durante un largo instante, solo las brillantes cuchillas de Alarak se movieron. Después Alarak dejó que se apagaran y se arrodilló de nuevo. El frenético latir de su corazón comenzó a ralentizarse. —Te pido disculpas, maestro —dijo con cuidado.

Nuroka lo obligó a permanecer arrodillado más tiempo del necesario. —Puedes ponerte de pie —dijo al fin.

Alarak sintió que la irritación bullía en su interior. La mantuvo allí, profundamente enterrada, y se irguió sin rechistar. —¿Qué ha ocurrido, primer ascendiente?

—Necesitaba mandar un mensaje. —Nuroka se remangó la túnica dejando al descubierto heridas frescas y ensangrentadas.

—¿A quién?

—Al Gran Señor y a Amon.

Alarak mantuvo una expresión neutral. Las heridas de Nuroka eran rectas y uniformes, y mostraban unos cuadrados perfectos allí donde la piel había sido arrancada. Los cortes no mostraban ningún indicio de vacilación. «¿Nuroka se había hecho eso a sí mismo?». Eso explicaría mucho. Nuroka había propuesto de forma tan inesperada celebrar un *Rak'Shir* porque había enloquecido.

—No. No he enloquecido —dijo Nuroka con frialdad.

Alarak se maldijo a sí mismo. «¡Mantén ocultos tus pensamientos, necio!». Al menos no había Khala que revelara sus emociones. Alarak no sabía cómo los templarios podían soportar semejante existencia. —No lo entiendo, maestro. ¿Qué estás haciendo?

Pequeñas gotas de la sangre azul de Nuroka cayeron al suelo, emitiendo un ruido sonoro y húmedo al chocar con la piedra. —Quiero que todo quede claro mañana. —Un humor negro impregnaba sus palabras. —Quiero desenmascarar al gran señor Ma'lash, aunque no vivirá lo suficiente como para sufrir como es debido. Dejó que las mangas de la túnica cayeran de nuevo. —Cuando era joven y de rango bajo, tallé las palabras de Amon en mi cuerpo. ¿Y tú?

—No —dijo Alarak.

—¿Porque dudabas de Él?

—No —repitió Alarak. Nunca le había visto el sentido, ni siquiera cuando era un devoto de rango bajo. Existían otras formas de mostrar fervor por las enseñanzas de Amon.

Nuroka recorrió con los dedos el lugar que antaño ocupaban las palabras grabadas sobre su piel.

—«*Servidme y gobernad. En el día de la ascensión, el ciclo corrompido llegará a su fin. En el día de la ascensión, os alzaréis por encima de todos los maestros*». ¿Recuerdas esas palabras?

—Por supuesto. Y el resto. «*Alzaos. Más alto. Siempre más alto...*».

Nuroka miró fijamente a los ojos a Alarak. —Entonces, ¿por qué crees que me las he quitado?

La herejía se respiraba en el ambiente. Alarak sabía que lo estaban empujando hacia ella. —No lo sé —respondió.

—Porque el día de la ascensión que esperamos jamás llegará —dijo Nuroka—. Y por eso necesito tu ayuda. Mañana gobernaré sobre los tal'darim. Y cuando lo haga...

Tú me ayudarás a matar a Amon.

### Tercera parte

Alarak se enorgullecía de su autocontrol, su paciencia y su circunspección. Por eso le sorprendió verse a sí mismo saltando hacia el cuello de Nuroka, con las cuchillas encendidas y dispuestas a rajarlo.

«¿Qué estás haciendo?», preguntó su mente.

«¡Matar al traidor!», cantó su corazón.

Era la oportunidad perfecta. Nuroka no llevaba armadura ni arma que Alarak pudiera ver, así que el cuarto ascendiente agitó sus cuchillas hacia abajo y...

... se lanzó...

... y se estampó contra la pared orientada hacia el este de la estancia con un sonoro cabezazo. Cayó al suelo con violencia, pero logró incorporarse y adoptar una pose defensiva.

«¡Imbécil!», aulló su mente.

Esta vez, su corazón no respondió. Nuroka estaba tres eslabones por encima en la cadena sagrada. Jamás habría llegado hasta allí si no fuera un luchador temible. Y Alarak acababa de atacar a un superior fuera del *Rak'Shir*. Era uno de los delitos más graves que podía cometer un tal'darim y se castigaba con la muerte. Una muerte larga, dolorosa y pública. Aun así, a Alarak le temblaba todo el cuerpo mientras resistía el impulso de cortarle la cabeza al primer ascendiente por blasfemo.

Nuroka lo observó con calma y esperó. No tenía armas. No las necesitaba. Había lanzado a Alarak al otro extremo de la estancia con la única ayuda de sus manos.

Alarak abandonó su pose y dejó que sus cuchillas desaparecieran de nuevo. —Te has vuelto loco —dijo.

—¿Cómo matarías tú a Amon? —preguntó Nuroka.

—Te has vuelto *loco*.

Nuroka ignoró el comentario. —Dime cómo.

—Amon no puede morir —repuso Alarak. «Hereje lunático...».

Se contuvo, pero después le sobrevino un nuevo pensamiento. «Esto es una prueba». Tenía que serlo, ya que Nuroka no parecía estar loco. No, sus ojos no tenían ese destello. Simplemente estaba probando la lealtad de Alarak a Amon de una forma dramática. Alarak se aferró a ese pensamiento. —Sería más sencillo destruir cada estrella de la galaxia —dijo. Amon nos da la vida. Comparte con nosotros el aliento de la creación. ¿Qué harían los tal'darim sin su orientación?

La mirada de Nuroka era fría e inmutable.

—Libres. Sin Amon, los tal'darim serían *libres* —respondió.

—Libres de morir con los otros herejes. —La incertidumbre comenzó a invadir la mente de Alarak como si de un parásito se tratase. Alarak solo detectaba sinceridad en las palabras de Nuroka—. A menos que creas que esas marionetas templarias pueden oponerse a él.

«¿De verdad querría...? No. Esto es una prueba».

—Seremos libres cuando Amon triunfe. Seremos nuestros propios amos. Esa es la promesa de Amon.

La respuesta de Nuroka iba cargada de sorna—: ¿Recuerdas las órdenes del *Rak'Shir*? «*Derrotad a vuestros maestros o sucumbid ante ellos*».

—¿Qué pasa con eso?

—Esas no son las verdaderas palabras de Amon. Fueron tergiversadas por Ma'lash y por los grandes señores que lo precedieron. —Los ojos de Nuroka refulgieron de color violeta. El color del gas terrazine—. Anoche, cuando el aliento de la creación se elevó, me adentré mucho más allá del velo. Vi la verdad.

—¿Cómo?

—El gran señor Ma'lash admitió una vez que ni siquiera él conocía todos los secretos de Amon. Yo me sumergí en el vacío. Traté de conocer los pensamientos ocultos de Amon. Quería vislumbrar la gloria que nos prometió. —La túnica de Nuroka estaba cada vez más empapada de sangre, como si su ira se estuviera derramando. Su corazón debía de latir aceleradamente a causa de la ira—. Descubrí más de lo que imaginaba. Amon había bajado la guardia. Sus expectativas de victoria habían reemplazado su cautela. —Nuroka caminó lentamente hacia Alarak—. Estas fueron las verdaderas palabras de Amon: «*Derrotad a vuestros maestros o alzaos por encima de ellos*».

Alarak se mantuvo firme mientras Nuroka se cernía sobre él.

—Eso no significa nada.

—Amon no ve la muerte como un fracaso. La ve como el ideal más elevado. Lo he visto en su corazón. — Los ojos de Nuroka centellearon—. ¿Qué nombre le dio a nuestra arena de duelos? Los Pozos de la Ascensión. Se *burla* de nosotros. Amon no honra a los ganadores, rinde homenaje a los perdedores. *Ellos* son quienes ascienden ante sus ojos. Nos hace despedazarnos unos a otros porque ese es su plan.

Alarak no dijo nada. Si Nuroka no lo estaba poniendo a prueba, debía ocultar sus verdaderos pensamientos.

En cualquier caso, Nuroka pareció sentirlos. —No me crees.

Alarak respondió con cautela—: Amon es incognoscible. Cuando tocaste sus pensamientos, no viste la verdad. Tu mente los interpretó de forma incorrecta.

—No había nada que interpretar. Estaba claro: la ascensión de Amon es nuestra destrucción. Su plan es eliminar todo lo que los Xel'Naga crearon, y eso nos incluye a nosotros. Quiere reducirnos a *todos* a polvo, junto con todos los planetas y estrellas. Ese es su último propósito, y ese necio de Ma'lash lo

sabe. —Nuroka se inclinó más hacia Alarak—. Tú aún no has tocado el corazón oculto de Amon, pero piensa en lo que quiere: el fin de este ciclo, el fin de la *vida*... ¿Por qué nos salvaría de ese destino?

Alarak no tenía ninguna respuesta. Así que cambió de tema. —¿Qué dijeron Zenish y Guraj sobre esto?

La irritación se dibujó en el rostro de Nuroka mientras daba la espalda a Alarak. —No les dije nada. No tienen imaginación. No como tú.

Alarak no fue capaz de disimular su ira al responder. —Yo tampoco sé cómo matar a Amon.

Nuroka se sentó con las piernas cruzadas en el centro de la sala mirando de nuevo hacia Alarak. La irritación del primer ascendiente había dado paso a una expresión divertida. —Aún no.

—Jamás —dijo Alarak.

—¿Qué haría falta? —presionó Nuroka—. Si la muerte de Amon supusiera tu supervivencia, ¿cómo lo harías?

Alarak caminó hacia la puerta. Ya era hora de que se fuera. —Adiós, Nuroka. No creo que volvamos a hablar de nuevo. El gran señor Ma'lash es mucho más fuerte que tú.

—Un paso más y te mataré. —Nuroka no movió un músculo, pero Alarak se detuvo de todos modos. Las palabras del primer ascendiente contenían una promesa glacial—. Es una orden directa. Dime cómo matarías a Amon.

Alarak se planteó por un momento desobedecer. Nuroka estaba desarmado, pero era peligroso. En caso de que estallara la violencia entre ellos, Alarak podría perder. Podría...

—¿Puedo sentarme, maestro? —Ya habría suficiente tiempo mañana para la violencia. Nuroka señaló el suelo y Alarak se sentó delante de él—. Me estás pidiendo lo imposible. Amon es del vacío. No puede ser asesinado.

La mirada fija de Nuroka no vaciló.

—Asesinado, destruido, desterrado... Elige la palabra que más te guste. ¿Cómo librarías para siempre a los tal'darim del influjo de Amon? Pero deja que sea claro —dijo antes de que Alarak pudiera responder—, estoy hablando contigo porque sé quién eres de verdad.

Nuroka entrecerró los ojos hasta que parecieron dos rendijas brillantes.

—Sé lo que hiciste hace cuatro años. Cuando te hicieron ascendiente.

Alarak se quedó petrificado. Cuatro mil combatientes en un único *Rak'Shir*. Ochocientos muertos. Había mantenido oculta su participación. Muy oculta. Ni siquiera había participado en el ritual. Por lo que él sabía, nadie sospechaba que hubiera formado parte de ello.

—No sé de qué estás hablando.

—Ni yo tampoco. Al menos, hasta anoche. Amon sabe exactamente lo que hiciste —hizo una mueca—. Me pareció curioso. Una sección entera de nuestros mejores líderes, aniquilada. Nuestra flota, sumida

en el caos durante meses. Los propios planes de Amon, retrasados. A él no le importaba. Ni tampoco a ti. Ese día *ascendiste* de eslabón en la cadena, por eso tienes que responder a mi pregunta. Los tal'darim consideran la cadena como un propósito sagrado, pero tú la ves como un juego, y si llegaras hasta la cima, no quedarías satisfecho de servir a Amon. ¿Cómo lo derrocarías?

«No podría». Pero la pregunta resultaba *fascinante*. Solo desde un punto de vista teórico, claro está.

—Tendrías que dirigirte al vacío. Si resulta posible asesinarlo, tendría que ser allí. —Un lugar donde Amon pudiera manipular la materia. Alarak no podía ni imaginarse a sí mismo dando más de tres pasos allí sin el consentimiento de Amon—. ¿Lo ves? Es imposible.

—Difícil, pero no imposible —respondió Nuroka—. Pero tendrás tiempo de hallar una solución cuando seas el primer ascendiente.

Tras esa extraña e inesperada conversación, Alarak había empezado a pensar que no habría más sorpresas. Estaba equivocado.

—¿Cómo?

—Cuando venza en el ritual, me convertiré en Gran Señor. Necesito a alguien con tu instinto para desafiar a Amon. Zenish y Guraj no sirven, así que los matarás. Si alguno de los dos sigue con vida mañana, te enfrentarás a ellos. Yo seré tu aliado, así que no será difícil.

Alarak dejó patente su escepticismo.

—Puede que se alíen contra ti mañana. En ese caso, no hay nada que yo pueda hacer.

Solo había tres comodines, Alarak, Zenish y Guraj, así que no sería un combate igualado. Si los tres se unían al ritual, uno de ellos se enfrentaría a los otros dos ascendientes. Una sentencia de muerte.

—Entonces, haz un trato. No me importa cómo —dijo Nuroka—. Convince a uno de ellos para que se una a nosotros. Eso es lo que se te da mejor. —El primer ascendiente cerró los ojos con expresión satisfecha. Adoptó una pose relajada y se dispuso a meditar antes del combate del día siguiente—. Y si decides abstenerte de pelear y yo sobrevivo, te mataré con mis propias manos. Y tu muerte será lenta, ¿queda claro, cuarto ascendiente?

—Sí.

No había nada más que decir.

—Entonces, vete.

Alarak le hizo caso.

En una hora, el sol se puso y el terrazine se elevó en el ambiente. Todos los tal'darim se bañaron en la gloria de Amon y se deleitaron con la promesa del ritual al amanecer. Alarak se pasó la noche pensando. Planeando.

Decidiendo.

## Cuarta parte

Pasó la noche, y el terrazine comenzó a disiparse con los primeros rayos de sol que surcaron el horizonte. Había llegado la hora. Miles de tal'darim se habían reunido al borde de los Pozos de la Ascensión y permanecían en silencio. Esperando.

El terreno ocupaba una enorme extensión, lo bastante grande como para albergar una flota de portanaves. En cada extremo se abría un enorme y profundo pozo que se hundía en el abismo y que servía de lugar de descanso final para los vencidos. Aquellos que cayeran en el *Rak'Shir* no dejarían de hacerlo hasta que llegaran al centro fundido del mismísimo planeta, un viaje que parecería durar una eternidad.

Alarak llegó poco antes del amanecer. El gran señor Ma'lash levitaba un palmo sobre el suelo cerca del pozo oriental mientras acumulaba poder, su rostro oculto bajo la puntiaguda máscara de acero mientras la energía roja chisporroteaba a su alrededor. El primer ascendiente Nuroka estaba sentado cerca del pozo occidental. Seguía sin llevar armadura, tan solo su túnica ensangrentada. Un detalle que era motivo de discusión entre los espectadores.

Ni siquiera Ma'lash pudo resistirse a comentarlo.

—Una lástima. Esperaba ser el primero en derramar su sangre. —Se aseguró de que todo el público pudiera oír sus palabras—. Pero, al menos, en eso de verlo sangrar el primer ascendiente y yo estamos de acuerdo.

Entre los pozos se encontraban los únicos tal'darim que superaban en rango a Alarak: la segunda ascendiente Guraj y el tercer ascendiente Zenish. Ambos miraban a Alarak. Sin duda se habían enterado de que Nuroka lo había convocado la noche anterior, y se preguntaban a qué clase de acuerdo habrían llegado.

Alarak evitó sus miradas. Se dirigió hacia los espectadores, con cuidado de mantenerse lejos de los Pozos de la Ascensión. Divisó a la quinta ascendiente Ji'nara y se colocó junto a ella, no sin causarle cierta sorpresa. —¿Listo para disfrutar del espectáculo? —preguntó Ji'nara de forma mordaz. Alarak no respondió.

—«Alarak». —Era Nuroka. No miraba a Alarak, pero le seguía hablando en privado. Nadie sabría que hablándose comunicaban—. «¿Qué estás haciendo?».

Alarak no dijo nada.

—«Cuarto ascendiente, eso era una orden. Respóndeme».

Alarak seguía sin decir nada. Amanecería en pocos minutos, y él seguía fuera de la arena. Guraj y Zenish empezaron a sospechar que Alarak no participaría en este *Rak'Shir*, y quedaron estupefactos ante la idea de que el gran oportunista Alarak fuera a dejar caer su suerte en manos de otros.

La mente de Nuroka le hizo llegar una amenaza. —«Te advertí de lo que ocurriría si me traicionabas» —dijo furioso.

Alarak respondió por fin—: «No te prometí nada, y no he traicionado a nadie: no he hablado con Guraj, ni con Zanish, ni con el Gran Señor».

—«Declárame tu lealtad, Alarak. Ahora».

En respuesta, Alarak se sentó. Nuroka no pudo reprimir su ira.

—«¿Vas a aliarte con Amon? Él nos traicionó. Quiere vernos a todos muertos. ¿De verdad eres tan necio?».

—«*No soy ningún necio*»— dijo Alarak mientras se concentraba en Guraj y en Zenish—. «Saben que hablaste conmigo y que no lo hiciste con ninguno de ellos. Así que se habrán aliado en tu contra. No puedo derrotarlos a los dos, primer ascendiente».

—«Así que ahora no tengo ningún aliado».

—«¿No?» —preguntó Alarak.

Guraj y Zenish estaban midiéndose el uno al otro. Las manos de Zenish se crisparon en un puño. Las piernas de Guraj adoptaron una pose de combate. Los dos luchadores se apartaron lentamente.

Alarak sintió que se apoderaba de él un macabro sentimiento de satisfacción. No se había equivocado: habían planeado aliarse contra Nuroka no porque se preocuparan por el Gran Señor, sino porque Nuroka había hecho este desafío de forma tan repentina. Unirse era la mejor forma de contrarrestar sus planes secretos con Alarak.

Pero ahora...

Alarak estaba fuera. Sería una victoria fácil contra Nuroka, una victoria de la que Guraj y Zenish sacarían poco. Estos solo ascenderían un eslabón en la cadena sagrada, y no morirían futuros contendientes. Era muy poco gratificante.

Fue el tercer ascendiente Zenish, la bestia, el azote de Slayn, quien rompió el pacto secreto. —¡Me declaro a favor de Nuroka! —aulló.

Ma'lash gruñó. —Patético.

Guraj lanzó a Zenish una mirada que llevaba la promesa de una muerte lenta, y después miró a Alarak, que permaneció inmóvil. Guraj tendría que decidir pronto. La tradición dictaba que todas las declaraciones se hicieran antes del inicio del *Rak'Shir* al amanecer, pero no estaba segura. Podía abstenerse de luchar por completo, o podía aliarse con Zenish para derrotar fácilmente a Ma'lash. Pero ella era una ascendiente. Nadie alcanzaba ese rango sin ambición, y la ambición siempre soslaya la prudencia. Y Alarak contaba con esto.

Hoy, la ambición se traducía en eliminar tantas amenazas como fuera posible. A fin de cuentas, algún día Zenish trataría de matarla.

—¡Me declaro en favor de Ma'lash! —dijo finalmente.

Nuroka no mostró reacción alguna. Ma'lash extendió los brazos.

—Mi fiel servidora. Guraj, hoy serás ensalzada.

El sol asomó por el horizonte, pero Alarak permaneció sentado. Aún no se había decantado.

Nuroka le hizo llegar un pensamiento vengativo—: «Esto no es lo que acordamos».

—«Yo no acordé nada» —repuso Alarak.

Y llegó la hora.

El *Rak'Shir* dio comienzo.

—Tu herejía termina hoy —dijo el gran señor Ma'lash. Embistió hacia el frente. El primer ascendiente Nuroka alzó sus palmas. Los dos combatientes se lanzaron oleadas de energía psiónica que, al chocar entre sí, despidieron dentados relámpagos. El suelo alrededor de ellos, piedra y metal ennegrecidos por siglos de hollín e incontables batallas, empezó a humear y a agrietarse. Los espectadores tal'darim se vieron obligados a retroceder para protegerse del calor.

Solo Alarak permaneció donde estaba dejando que el humo se arremolinara en torno a él. Incluso Ji'nara se retiró. Zenish y Guraj aún lo observaban, esperando que se uniera a la pelea, a pesar de la tradición. Pero no lo hizo.

Por fin, Zenish se giró y encendió sus cuchillas: energía pura extraída del reino de Amon y transformada en un filo, que los maestros antiguos afirmaban era capaz de hender el planeta en dos mitades, salió disparada hacia Guraj. Ella esquivó su ataque con un movimiento.

La pelea había comenzado de verdad. Los dos contendientes se lanzaban energía en estado puro. Guraj y Zenish luchaban junto a ellos. En el *Rak'Shir*, los aliados no podían intervenir directamente en el duelo, pero sí podían prestar su propio poder psiónico. Por eso se necesitaban siempre más aliados, para abrumar al adversario. Incluso ahora, con solo un aliado cada uno, Nuroka y Ma'lash asestaban golpes que explotaban entre ellos y que resultaban más destructivos de lo que habrían sido capaces de lanzar a solas.

Zenish era el campeón más fuerte, tanto en fuerza bruta como en potencial psiónico. Eso era evidente. Su poder, añadido al de Nuroka, estaba obligando al gran señor Ma'lash a retroceder paso a paso. La habilidad de Zenish con las cuchillas también resultaba impresionante. Su codo derecho se incrustó en la sien de Guraj mientras su cuchilla izquierda atravesaba al mismo tiempo la armadura y desgarraba la piel subyacente. Guraj retrocedió de un salto antes de que Zenish pudiera hundir hasta el fondo la cuchilla. Comenzó a perseguirla, pero Guraj le propinó una patada en la cabeza.

Guraj estaba perdiendo. Eso también era evidente. Estaba herida y dolorida. Zenish aprovechó esta ventaja sin contemplaciones y arremetió lanzando sus cuchillas a la altura del hombro. Quería cortarle la cabeza a Guraj y terminar de una vez con la lucha.

Pero en su intento, dejó el abdomen al descubierto.

A pesar de estar herida y dominada, Guraj seguía siendo rapidísima. Se lanzó hacia delante en un impulso de sus pies, y sus dos cuchillas penetraron en el pecho de Zenish, retorciéndolas hasta que los dos extremos brillantes emergieron por la espalda. Zenish renqueó y sus cuchillas se desvanecieron. Guraj lo mantuvo erguido, atravesándolo con las cuchillas y mirándolo a los ojos hasta que el último brillo desapareció de ellos. Después arrojó el cadáver de Zenish a un lado. Se adentró lentamente en el vórtice de energía sin dejar translucir ni su dolor ni su fatiga.

Y eso fue todo. Los espectadores tal'darim emitieron murmullos de aprobación. Todo había terminado. A Nuroka no le quedaba ningún campeón. La combinación del poder de Guraj y Ma'lash superó con creces su propio poder. El primer ascendiente había retrocedido pasos de gigante.

Nuroka había perdido.

—No temas —dijo el gran señor Ma'lash—, dispondrás de mucho tiempo para lamentarte.

Alarak se puso en pie.

—No me sigas —dijo a Ji'nara. Ella lo contempló atónita mientras corría hacia la arena. Todos los espectadores se giraron hacia él. Alarak encendió sus cuchillas, dos fragmentos de energía roja crepitando en sus muñecas, y sintió cómo un rumor de sorpresa se elevaba del resto de los tal'darim presentes.

Era costumbre declarar tu lealtad antes del combate, sí, pero *solo* era una costumbre. No era la ley de Amon. Ni siquiera era la ley de los tal'darim. Y, por eso, Alarak decidió ignorarla.

Guraj lo sintió acercarse. A pesar de su sorpresa, se dio la vuelta y colocó las cuchillas en posición defensiva. Alarak no frenó. Utilizó sus cuchillas para arrebatarle las suyas de un golpe y, embistiéndola con el hombro, la hizo perder el equilibrio. En ese mismo instante, puso a disposición de Nuroka su poder psiónico.

El primer ascendiente cacareó de alegría y bebió profusamente del poder de Alarak. De repente, Nuroka no estaba perdiendo. El equilibrio de poder bruto casi se había restablecido.

—«Termina con ella rápidamente, Alarak, y pasaré por alto tu... creatividad» —dijo en privado.

Guraj estaba furiosa. Se puso de pie mientras atacaba de forma frenética con sus cuchillas. Alarak la esquivó en la medida de lo posible. Varios mandobles dieron en el blanco, causándole pequeños cortes. Ignoró las punzadas de dolor y se concentró en esquivar la ráfaga de golpes.

La ira de Guraj casi compensaba su creciente agotamiento. Casi.

Los movimientos de Guraj eran cada vez más lentos. Su resistencia se desvanecía. Alarak siguió rechazando sus golpes mientras se mantenía a la defensiva. No había necesidad de forzar un desenlace rápido.

—Sucio cobarde —escupió Guraj. Ella ya sabía cómo acabaría todo, pero no se rindió.

No llevó demasiado tiempo. Cuando los brazos le empezaron a flaquear, Alarak atravesó de un tajo sus defensas y la seccionó por la cintura de un veloz golpe. Guraj no suplicó piedad. No mostró signos de

dolor. La luz de sus ojos y sus cuchillas se apagó al mismo tiempo. Alarak no se regodeó de ello; simplemente la dejó caer muerta en el sitio.

Y ahora era el gran señor Ma'lash quien no tenía ningún aliado. No tenía nada que hacer ante el poder combinado de Nuroka y Alarak.

Nuroka machacó al Gran Señor con contundentes andanadas de energía, empujando al líder tal'darim hacia su final. —Tú lo sabías, ¿no? —dijo furioso Nuroka—. Conocías la traición de Amon. Sabías que planeaba matarnos a todos.

Ma'lash no respondió. Elevó barreras de energía contra Nuroka, que quedaron hechas añicos antes de que pudieran terminar de formarse. Paso a paso, se vio empujado hacia el pozo oriental.

La arena de duelos era gigantesca. Transcurrió casi media hora antes de que el Gran Señor llegase por fin al borde del pozo. Alarak los seguía en todo momento, atento siempre a los espectadores por si alguno seguía su ejemplo y se unía al combate sin previo aviso. Prestó especial atención a Ji'nara. Ella seguía sentada.

—Alarak, maldito traidor —gruñó el gran señor Ma'lash—. No sabes lo que Nuroka planea hacer con nosotros. Traicionará a Amon. Ma'lash se plantó al borde del pozo oriental, que se abría a sus espaldas como un bostezo de muerte.

—¡Amon nos traicionó primero a nosotros! —bramó Nuroka. Comenzó a reunir poder para asestar el golpe definitivo—. Bajo mi reinado —se jactó—, dejaremos de estar sometidos a Amon. Nos enfrentaremos a él. Nosotros...

Alarak no había dicho una sola palabra desde que entrara en el combate. Su silencio era deliberado; tanto como las palabras que pronunció a continuación.

—Me declaro a favor de Ma'lash —dijo, y retiró su poder a Nuroka.

El golpe psiónico definitivo del primer ascendiente erró. Tranquilamente, Alarak abrió su poder a Ma'lash, y el Gran Señor lo aprovechó sin vacilar, liberándolo en forma de onda explosiva que hizo retroceder por los aires una distancia de ocho pasos.

—¡¿Qué?! —rugió Nuroka mientras el Gran Señor avanzaba desde el borde del pozo—. ¡No puedes cambiar de bando durante el *Rak'Shir*!

—No, no puedo —admitió Alarak. Esa era incluso una ley de Amon: «*Una vez jurada lealtad, solo la muerte o la victoria pueden romper el juramento*»—. Pero yo no nunca me pronuncié en tu favor. No dije nada en absoluto. —Que se supiera, nadie había luchado jamás en un *Rak'Shir* sin jurar lealtad a uno de los bandos; pero, una vez más, eso *no* era una ley, sino una costumbre. Y, por eso, Alarak decidió ignorarla.

—Ahora ya que me he pronunciado...

—No puede cambiar —dijo Ma'lash con oscuro regocijo—. Debe servirme hasta el final.

—No —susurró Nuroka—. Nos has condenado a todos.

—Gran señor Ma'lash —dijo Alarak—, los planes de Amon estaban a punto de materializarse. Nuroka lo estropearía todo.

—*No!* —chilló Nuroka.

—Sí, lo haría. Has tomado una sabia elección, Alarak —digo el Gran Señor—. Voy a disfrutar con esto.

Y lo hizo. No fue hasta el atardecer cuando Nuroka, con la mente quebrada y el cuerpo destrozado, fue elevado por encima del pozo. Ma'lash lo sostuvo allí, saboreando el momento final.

—Él lo sabe, Alarak —murmuró Nuroka—. El gran señor Ma'lash *conoce* la traición de Amon. Lo juro.

—Jura lo que quieras —dijo Alarak. Pero lo cierto era que Nuroka había hecho que su fe se tambaleara. Alarak podía sentir una pequeña semilla de duda oculta entre los firmes cimientos de su credo. «Pero no permitiré que florezca», se dijo. Amon era el Dios Oscuro. Su voluntad era incognoscible. Su poder era glorioso. Sus promesas eran verdaderas. Alarak tendría que proteger sus pensamientos frente a cualquier otra sombra de duda.

El camino a seguir se abría de forma nítida ante él: hoy Alarak escalaría más eslabones en la cadena sagrada; pronto el ciclo llegaría a su fin, las marionetas sucumbirían y él ascendería hacia la gloria de Amon.

Cuando el horizonte se oscureció, Ma'lash soltó por fin el cuello de Nuroka. La gravedad hizo el resto. Jirones de la túnica desgarrada y ensangrentada del primer ascendiente cayeron flotando tras él.

Así terminó el *Rak'Shir*.

## Quinta parte

—Eres listo —dijo el gran señor Ma'lash—. Los sirvientes listos me irritan. Siento ganas de matarte ahora mismo. Amon ni siquiera pestañearía.

Alarak permaneció de rodillas sin decir nada. No habría más ceremonia que esta, pues no había necesidad ninguna. Todos los tal'darim sabían cómo había terminado el desafío de Nuroka: Ma'lash se había impuesto, y su aliado, Alarak, había inclinado la balanza a su favor y ascendido tres escalones en la cadena sagrada.

«Las amenazas del Gran Señor no significan nada», pensó Alarak. Muchos ascendientes habían muerto ese día, demasiados como para perder a otro. Y ningún ejército, ni siquiera el de los tal'darim, podía funcionar sin subordinados capacitados que cumplieran órdenes.

Ma'lash continuó—: Dime, primer ascendiente. ¿Deseas gobernar un día? ¿Deseas ser el Gran Señor?

—No.

Era evidente que Ma'lash no le creía. —¿Tu único sueño es servirnos a mí y a Amon? Eso me tranquiliza.

—En el día de la ascensión, todos nos alzaremos por encima de nuestros maestros, Gran Señor —dijo Alarak.

—Entonces, ¿Nuroka no hizo que tu fe vacilara?

—¿Cómo podría? —dijo Alarak sin alterarse.

—Todo cuanto dijo era mentira, por supuesto —dijo Ma'lash.

—Por supuesto.

Al Gran Señor no le gustaba su tono. —Escúchame bien, Alarak. Pude sentir la magnitud de tu poder en los Pozos de la Ascensión. Sé lo fuerte que eres—. El Gran Señor estiró la mano y la cerró sobre la cara de Alarak, agarrando sus pómulos con fuerza. Luego lo levantó con brusquedad y lo sostuvo en alto como había hecho con Nuroka en el pozo. Alarak no opuso resistencia. Las palabras de Ma'lash brotaron con la fuerza de una lluvia de meteoritos. —Desafiame y te aplastaré. Desafiame y me suplicarás una muerte tan rápida como la de Nuroka. ¿Me has comprendido?

—Sí.

—Bien. —Ma'lash soltó a Alarak y sus botas golpearon el suelo—. Recibirás la recompensa que mereces el día de la ascensión. Tus nuevos deberes comienzan mañana. No serán agradables.

—Comprendo, maestro —dijo Alarak.

Y de repente, Ma'lash había desaparecido. Alarak aún podía sentir la mano del Gran Señor apretando su cráneo.

«Ahora que he sentido su poder, sé exactamente lo que debo hacer», pensó.

«Servir... prepararme...

»... y buscar a los campeones adecuados...».